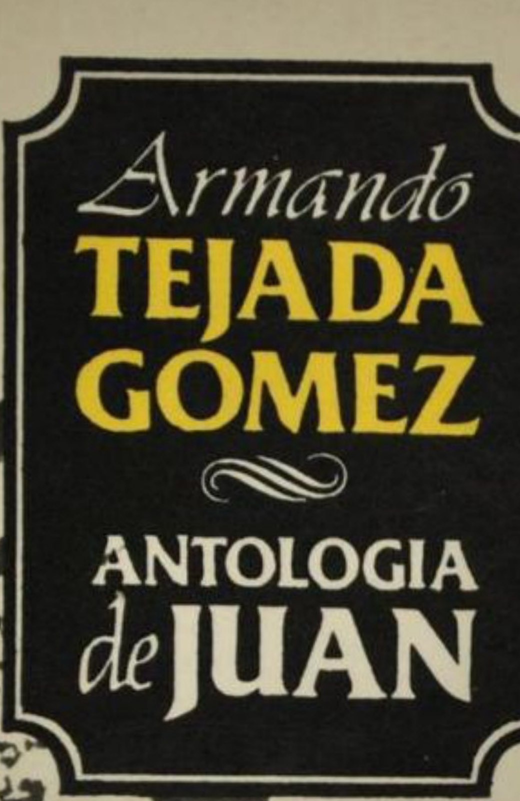


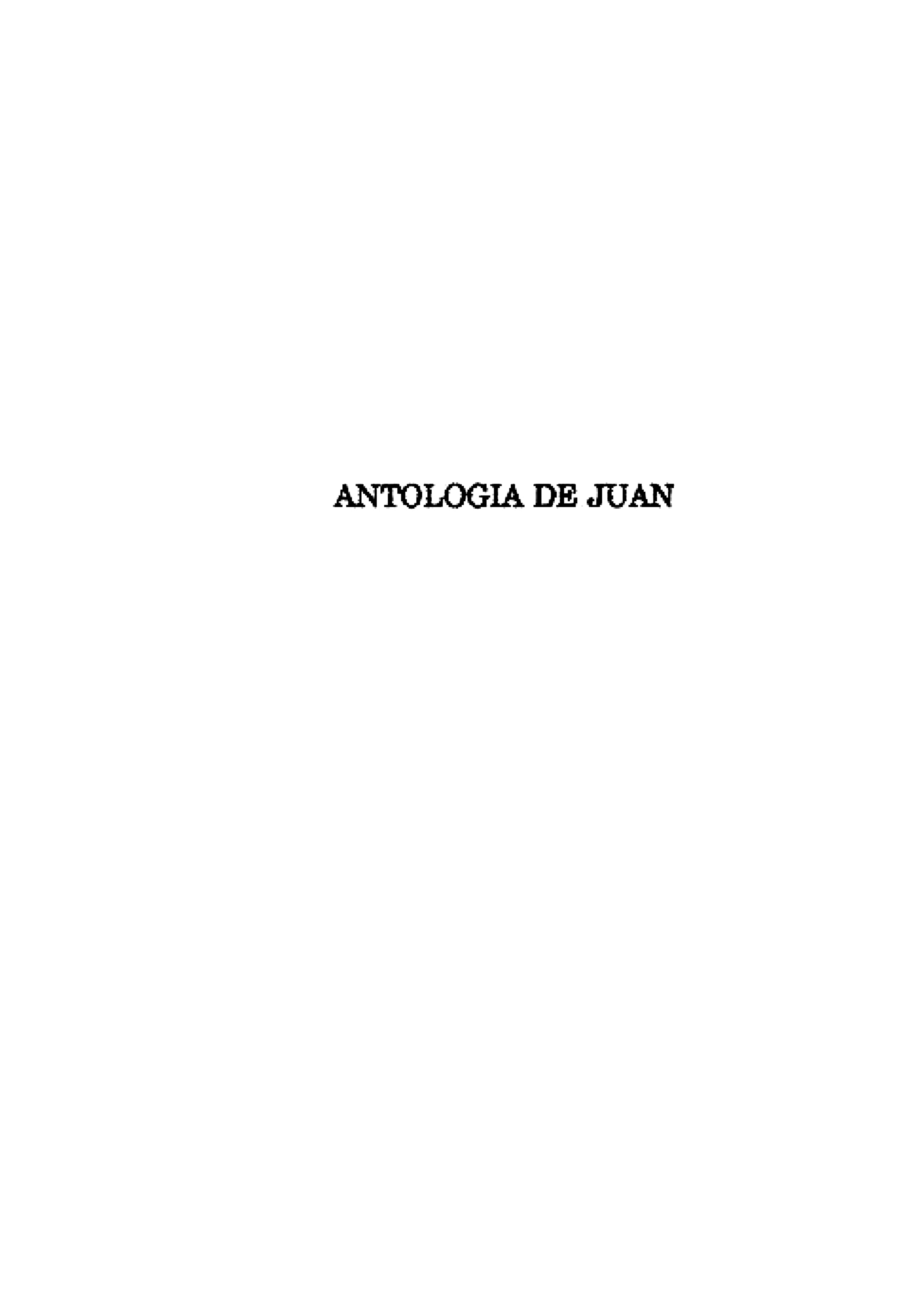
Torres Agüero Editor

ARMANDO TEJADA GOMEZ

ANTOLOGIA DE JUAN

6ª edición

TORRES AGÜERO EDITOR
Buenos Aires



ANTOLOGIA DE JUAN

Cubierta: Andrés Pablo Valle.

ISBN 950-549-148-4

Al Toto
   que cayó para ponerme de pie.

A Raúl y a Lucas,
   mientras avanzamos,
con esta garganta popular,
con esta mano de empuñar al hombre,
con esta boca de nombrar a todos.

DICHO Y HECHO

En 1956 comencé a escribir esta Antología de Juan, del anónimo e innumerable Juan de todas partes del país que al fin es uno mismo, inspirado en los dichos y hechos de su vida y era mi intención ir agregándole poemas cada año con los testimonios recogidos a lo largo del país que recorro incansablemente por pasión y por oficio de andar diciendo la poesía, devolviéndosela al pueblo de cuya formidable aventura histórica me nutro. Pero no era una tarea de testigo sino también de protagonista, por eso estos poemas no han sido escritos desde afuera sino desde adentro de la pelea y contienen sin retaceos el ruido del tumulto, porque como alguien dijo, el poeta es, también, un legislador permanente de su pueblo. Sería doloroso ser sólo un tonto aparte, dolido solamente del rocío, como sería triste ser sólo un combatiente que no viera el rocío. De esa madera está hecha la guitarra que aquí canta.

TEJADA/1966

COPLERA DE JUAN

Me llamo Juan y no tengo
más que mi sombra en el mundo,
pero como yo soy Juan
creo en la sombra que tengo.
Ahí donde usted la ve
Mi sombra es raiz del tiempo.

Ellos pasan y no creen
¡son tristes y amargos ellos!
gente sin sueño y sin Juan
entre la tierra y el cielo.
Ellos pasan. Y ni sueñan
que cuando pasan, yo quedo.

Siempre de aquí para allá:
soy Juan de la tierra y basta.
Vaya donde vaya yo
conmigo avanza la patria.

A los Juanes nos dejaron
no más de cuatro palabras:
apenas las que hacen falta
para nombrar la esperanza,

pero es que al que siembra y sueña
ni falta le hace nombrarla.

Yo soy don Juan Esperanza
y, entre semilla y semilla
le ando deshojando flores
a doña Juana Alegría.
¡El día que hagamos yunta,
que fiesta va a ser la vida!

ANTIGUO LABRADOR

La tierra estaba de antes, señor.

Iban los ríos
como niños potentes ciñéndole el regazo,
lamiéndole la tierna caparazón de greda
con su campana líquida,
sus sales planetarias,
iban los ríos solos subiéndose a los árboles,
mojándoles la sombra, procreando los pájaros.

Y la tierra era un ancho territorio, señor,
porque entonces la tierra no era buena ni mala.
Solamente camino.
Luna de la distancia.
Porque entonces la tierra no terminaba nunca
y el pan era un velero de la espiga lejana.

Pero el viento lo sabe,
siembra su siembra unánime,
la desata de noche con los dedos del aire,
su tránsito caliente le deshace los límites,
la libera de tantos oscuros propietarios.

Yo sé, señor,
yo he visto la noche sobre el campo,
su condición de estrella, su silencio pesado
y digo que no es cierto que puedan alquilarla,
que le alambren el torso, que le vendan la espalda,
porque la tierra entera pertenece a la noche,
al universo entero, al sudor de la azada
que mueve la fatiga campesina del mundo,
la voluntad labriega como una enorme pala.

Pertenece al que sabe
celebrar la alegría de ver crecer las plantas,
al cómplice del sol, al sembrador callado
que pone la semilla como un semen dichoso
y espera, lentamente, el milagro del agua.

Porque sin esta frente,
sin este rudo brazo,
sin el tiempo a destajo de gastarnos las manos,
quién dará testimonio de la vida en la tierra,
quién ha de prepararnos la primavera, el vino,
el fermento gredoso de donde viene el canto.

Por eso yo pregunto, señor: ¿cuándo es el día,
a qué hora, justamente, vamos a rescatarla,
qué hombres vendrán conmigo,
qué canción cantaremos,
qué flores sembraremos donde está la alambrada?

Digo que este mensaje debe saberlo América,
que no sólo nosotros,
que cada uno lo sepa,
porque hay un continente de tierra sometida,

gordos concesionarios,
carbón comprometido,
hay zonas donde el hambre tutea a la agonía
y esclavitud de estaño
y cobre de miseria,
hay trigo condenado a los precios siniestros,
petróleo al que amenazan su primavera negra,
naranjas exportadas con todo el sol a cuestas,
hay niños que no encuentran al hombre,
caen antes,
se van, sonrisa abajo, muerte abajo,
se pierden entre lo destituido que cae y se disgrega.

Que no sólo nosotros.
Que cada uno lo sepa.

Golpeo esta guitarra elemental: América,
hasta cavarle al medio un pozo de sonido,
hasta ponerle adentro una zamba furiosa,
mi percusión de sangre, señor, este latido
tan pariente del aire,
tan sol,
tan repartido
entre una antigua música de azúcar en nosotros,
para que desde el hombre continental subamos,
almíbar solidario, familia amanecida,
a empujar la esperanza pobrecita,
mestiza,
a desatar las manos de América nativa,

La tierra estaba de antes, señor.

Iban los ríos,
luz con la lengua húmeda,
iban árbol arriba,
a besar el tumulto donde empieza la vida.

Por eso yo pregunto, señor
¡cuando es el día!

1

Ayer pasé por tu casa.
Te estaban desalojando.

Dónde han de ponerte, hermano.
que no le ocupes espacio
a este señor que es el dueño
de tu techo y tu trabajo.

Porque tu cuerpo le sobra.
Sólo le sirven tus brazos.

En eso anda este señor.
Hay técnicos estudiando.

Dejá que te agarre el siglo
en el medio de la calle
y él en la casa vacía
con el miedo y con el asco.

Ayer pasé por tu casa.
Ya no jugaban tus niños.

¡Se había secado el patio!

MUCHACHA

Recuérdame esta noche y nómbrame en tu idioma,
amor mío, muchacha, territorio de pájaros,
nómbrame en las ciudades donde trepas los trenes
con la amapola herida de tu vestido diario.

No conozco tu nombre, pequeñito y apenas,
tu mínimo poema de una sola palabra,
pero voy pronunciándote cuando digo esperemos
o cuando me transitas hacia dentro del alma,
porque sé que tus rostros tienen un mismo rostro
y tu sonrisa un aire de pétalo del aire,
conozco, sé tu modo de salvarnos la vida,
vencedora inmutable, con un niño en la sangre.

Yo te he visto muchacha plural, en las ciudades,
gastándote la magia con la prisa del alba.

Las oficinas públicas, públicamente áridas,
la tienda estrepitosa, la planilla a mansalva,
esas fábricas rojas de devorar, el sueldo,
lamentables rutinas de alquilarte hasta el sábado.
Las ciudades son turbios demagogos, son esas
celestinas anónimas de la moda, sensuales

como una gelatina de sexo pegajoso,
espesas son, a gotas, turbiamente sensuales.

Las ciudades son fríos hoteles transitorios.
Debe ser espantoso morir en las ciudades.

Porque no han hecho nada por amor, tantas cosas,
porque no figurabas en los planos, muchacha,
Y ya has nacido risa, has nacido tumulto,
has nacido de pronto con un golpe de alas.

Y ahora que has venido, que ya estás, que has llegado,
hay que cambiarlo todo, decir amor y amarnos,
clausurar las planillas, postergar las ganancias,
ahora que has llegado con tu fragante risa
qué han de hacer los señores de destino contable...

En horas de oficina bajará mi poema
a decirte en la oreja: territorio de pájaros...

Pero sigue guardando flores en la cartera,
la última dulce carta, un poema de Pablo,
sigue guardando signos de combatir el moho,
subversivos panfletos de construir la esperanza.

Y tú, tu nuca tibia, trizada luz, flor pálida,
resistes esta estrecha disposición de enanos
apoyada en tus sueños como en una ventana.
Y el moscardón horario zumbándote el absurdo
para matarte adentro la condición de pájaro.

Muchacha, estrella nuestra, amor en todas partes,
los poetas cantamos para tu pie desnudo,

para tu sangre diaria,
porque somos la vida y esa sonrisa tuya,
nada más que la vida,
la vida y tú,
muchacha...

2

¡Para cuándo...!

Para cuándo.

Ayer mismo planté un árbol.
Mi hermano ajustó una tuerca.

Para cuándo.

Tengo la casa pensada.
Y una muchacha esperando,
para cuándo...

...ya he cortado la madera
para la mesa más grande
y nunca crece el jornal
aunque la vida haga bulla.

¡Para cuándo...!

Tanto que quiero a los niños
y la muchacha esperando...

¡Para cuándo!

LA CANCION DEL MURO

Nosotros lo llamamos
el borrador del pueblo.
Lo entrecruzan los ¡viva!,
los ¡abajo!, los ¡muera!,
pero en verdad soñamos
la paz y los jardines.

Manos como estas manos,
un tesón de vecinos
lo ha ido levantando
ladrillo por ladrillo,
como quien le pusiera
perfil al horizonte,
flechas, cuyo trayecto
nos custodia el camino,
con esa ortografía de esperanza
llamándonos,
denunciando que hay alguien
que no llegó a destino,
que ha caído escribiendo
su biografía, a mano,
para que nuestros ojos
se la pasen en limpio.

Es posible que ahora
no lo recuerde todo,
que olvide su escritura cabal,
es muy posible
que no transcriba tanta
soledad de los hombres,
tanto abandono, tanta
fe que no hemos perdido,
que nos han anotado
como una orden del día,
que vamos delegando
de familia en familia.

Tal vez hoy no recuerde
todo lo que hay escrito
en los muros del pueblo
donde todo está dicho.

Hay gente que no puede,
no tiene acceso, calla,
gente que pone toda su voz
en una raya
donde uno aprende frases
de libertad mordida,
versículos de furia,
biblias despedazadas,
hay cronistas furtivos
de la impiedad furtiva,
testigos que denuncian
la historia de pasada,
el duro testimonio
del hombre contra el hombre,
un sufrido poema

de cansancio cansado.
Cosas que uno quisiera
aunque después muriese
a condición que tenga
su rosa cada mano,
aunque después muriese
porque aquí nos importa
cómo ha de ser la vida,
cómo hemos de vivirla
hasta agotarle el agua,
como hemos, entretanto,
de beberla y saciarnos.

La muerte es un misterio
necesario y hermoso
cuando uno llega solo,
sin que lo empuje nadie.

Por eso están escritos
los muros de los pueblos,
llenos de roncas sílabas,
palabras mutiladas
y diálogos
y voces
y réplicas
y gritos,
manuscritos a pura necesidad,
grabados
con una transitoria
digital de violencia
que ha trizado el silencio
de ademanes fantasmas.

Daniel
o Pedro
o Carlos,
cuando nada han podido,
cuando bocas lejanas
reían o callaban,
han predicado el rumbo
hacia el pan, hacia el agua
y uno aprende en los muros
que la tierra es de todos,
que entre nosotros toda
la alegría es posible,
que hay que escuchar tan sólo
la voz ronca del muro
solicitar al hombre
la paz
y los jardines.

COPLERA DEL CANTOR

Alto profeta, cantor,
alumbrador de palabras,
soy el pueblo,
la más vieja memoria de la esperanza,
siglos de caldear el pan
me han puesto blanca la barba.

Nunca olvides cuando pases
junto al que sueña y trabaja
que con mi pan
y la música de tu canción necesaria,
confabulados al viento
—molinero de distancias—,
a música,
viento
y pan,
le vamos haciendo el alma.

HAY UN NIÑO EN LA CALLE

A esta hora, exactamente,
hay un niño en la calle.

Le digo amor, me digo, recuerdo que yo andaba
con las primeras luces de mi sangre, vendiendo
una oscura vergüenza, la historia, el tiempo,
diarios,
porque es cuando recuerdo también las presidencias,
urgentes abogados, conservadores, asco,
cuando subo a la vida juntando la inocencia,
mi niñez triturada por escasos centavos,
por la cantidad mínima de pagar la estadía
como un vagón de carga
y saber que a esta hora mi madre está esperando,
quiero decir, la madre del niño innumerable
que sale y nos pregunta con su rostro de madre:
qué han hecho de la vida,
dónde pondré la sangre,
qué haré con mi semilla si hay un niño en la calle.

Es honra de los hombres proteger lo que crece,
cuidar que no haya infancia dispersa por las calles,
evitar que naufrague su corazón de barco,

su increíble aventura de pan y chocolate,
transitar sus países de bandidos y tesoros
poniéndole una estrella en el sitio del hambre,
de otro modo es inútil ensayar en la tierra
la alegría y el canto,
de otro modo es absurdo
porque de nada vale si hay un niño en la calle.

Dónde andarán los niños que venían conmigo
ganándose la vida por las cuatro costados,
porque en este camino de lo hostil ferozmente
cayó el Toto de frente con su poquita sangre,
con sus ropas de fe, su dolor a pedazos
y ahora necesito saber cuales sonríen,
mi canción necesita saber si se han salvado,
porque si no es inútil mi juventud de música
y ha de dolerme mucho la primavera este año.

Importan dos maneras de concebir el mundo.
Una, salvarse solo,
arrojar ciegamente los demás de la balsa
y la otra,
un destino de salvarse con todos,
comprometer la vida hasta el último náufrago,
no dormir esta noche si hay un niño en la calle.

Exactamente ahora, si llueve en las ciudades,
si desciende la niebla como un sapo del aire
y el viento no es ninguna canción en las ventanas,
no debe andar el mundo con el amor descalzo
enarbolando un diario como un ala en la mano,
trepándose a los trenes, canjeándonos la risa,
golpeándonos el pecho con un ala cansada,

no debe andar la vida, recién nacida, a precio,
la niñez, arriesgada a una estrecha ganancia,
porque entonces las manos son dos fardos inútiles
y el corazón, apenas una mala palabra.

Cuando uno anda en los pueblos del país
o va en trenes por su geografía de silencio,
la patria
sale a mirar al hombre con los niños desnudos
y a preguntar qué fecha corresponde a su hambre
qué historia les concierne,
que lugar en el mapa,
porque uno Norte adentro y Sur adentro encuentra
la espalda escandalosa de las grandes ciudades
nutriéndose de trigo, vides, cañaverales
donde el azúcar sube como un junco del aire,
uno encuentra la gente, los jornales escasos,
una sorda tarea de madres con horarios
y padres silenciosos molidos en las fábricas,
hay días que uno andando de madrugada encuentra
la intemperie dormida con un niño en los brazos.

Y uno recuerda nombres, anécdotas, señores
que en París han bebido
por la antigua belleza de Dios, sobre la balsa
en donde han sorprendido la soledad de frente
y la índole triste del hombre solitario,
en tanto, sus señoras, tienen angustia y cambian
de amantes esta noche, de alhajas esta tarde,
porque el tedio que llevan ya no cabe en el mundo
y ellos son accionistas de los niños descalzos.

Ellos han olvidado
que hay un niño en la calle,
que hay millones de niños
que viven en la calle
y multitud de niños
que crecen en la calle.

A esta hora, exactamente,
hay un niño creciendo.

Yo lo veo apretando su corazón pequeño,
mirándonos a todos con sus ojos de fábula,
viene, sube hacia el hombre acumulando cosas,
un relámpago trunco le cruza la mirada,
porque nadie protege esa vida que crece
y el amor se ha perdido
como un niño en la calle...

3

Mas bien es largo el camino.
El sol le ha metido un tajo.

Esta mañana tenía
fresco rocío al costado
Le parpadeaba la luz
sobre el pecho de los álamos.

Madrugué pero fue inútil,
madrugué y al fin de nada
me ha servido la mañana,
ahora vuelvo y el día
ya no me sirve de nada
Es fiero tener el día
de sobra, como la barba.

Esta mañana lo anduve
silbadito y con más ganas
Ahora vuelvo con las mismas,
con las mismas y cansado.

¡Puta que es largo el camino
sin silbido y sin trabajo!

ESE SILBIDO DURO

Hay una calle. Acaso
con la luna en el charco
singularmente rota.

En un silbido lerdo
el tango se demora,
lentamente se encuentra
con la nostalgia
sorda
y el hombre viene,
avanza,
no recuerda su historia,
casi no se conoce la voz,
lleva su sombra,
siempre lleva un olvido
parecido a la sombra,
lo sigue como un perro
la sombra de la sombra
derramada en la calle
y agitando la cola.
Pero el hombre camina
y avanza
pero viene

antiguamente oscuro
al medio de la noche.

Hay esta calle y ésa,
hay muchas
pero y otra
con un hombre silbando
y arrastrando su sombra,
pesadamente
a oscuras,
nocturnamente a solas,
silbando,
transitando su trozo
de memoria,
este mes
y su plazo de pan
muerto en la hora,
transitando los muros
donde la gente
escribe
su pasión en mayúscula,
a viva voz de cal,
pero de cal nocturna.

Hay un hombre que viene,
por aquí viene un hombre,
de todos los suburbios
a altas horas transitan
los hombres
y su sombra,
las ciudades conocen
ese silbido duro,
las ciudades conocen

ese silbido, es duro
verlos como caminan
por su larga memoria
en tanto las palabras
caen
de las paredes,
caen
del muro afónico,
caen
y lo sustentan
y todas las mayúsculas
avanzan
cuando avanza,
avanzan y sostienen
ese silbido
duro.

Porque los barrios tienen
un silencio de lata,
los ojos quietos, tienen
una afiebrada gana,
una fotografía donde el amor
es viejo,
maderas donde el viento
penetra dando hachazos
y esa fe y ese niño
y ese raído
tango.

Pero el silbido sabe.

Hace mucho ha entendido
que caminar es largo

y en medio de la noche
nadie pregunta nada.
Se siente cómo duerme
la soledad
en su peso,
se ve el hollín acuoso
que lame y lame y lame
y los pasos golpean,
tumban el polvo,
pasan;
sus pisadas percuten
como un vientre de trapo,
deshilachados siguen,
duran, callan
y pasan,
van infinitamente
tumbándose
los pasos.

Cuando muera la luna
la calle dará un grito,
¡un violento alarido
de animales violados!

4

Un día bien, otro mal,
no hay mal que por bien no venga.

El que quiere andar ya sabe
que llevar la sombra cuesta.

Me demoro pero llego.
Voy hacia toda la tierra.

Cuando doy un paso, quedo.
Mi corazón no regresa.

Dicen que algunos me llevan
engañados con promesas.

Nunca desconfío mucho
ni creo más de la cuenta.

Cuando alguien me diga vamos,
ni sueñe en pegar la vuelta.

Veremos quién lleva a quién
cuando ganemos la huella.

Camino que ando florece
de mujer, niños y siembra.

Ya que hay que vivir, ¡peliemos!

No hay mal que por bien no venga.

PETROLEO Y POESIA

Abajo
una colmena de inocentes mentales
elabora lo hondo,
duros crepuscularios,
al centro cardinal del sexo de la tierra
la noche geológica pasa rompiendo márgenes
de mineral desnudo, de hierros desflorados,
pasa con un tumulto de espesa sangre oscura
desmantelando el tórrido silencio planetario:
le bulle la colmena a mi país
debajo,
donde yace el petróleo como un río enterrado.

Ya sé que arriba tañen el caballo y la lluvia,
que giran los pulmones de la luz y que el aire
se ahoga de horizonte circular y paisaje,
ya sé que arriba habito a la altura del día,
que la tarde se quema de primavera y luna
con un chisporroteo de cenizas totales,
sé, pero aquí me hundo, bajo y siento las manos
descender las raíces hacia el padre del árbol,
hacia una muchedumbre de sólidos aromas
donde baten su látigo el fuego y los volcanes.

Aquí duerme el petróleo.
Su negro estrellerío sostiene las montañas.

Aquí espera el petróleo.
Un cauce sin sonido bajo el cauce del agua.

Aquí estalla el petróleo.
Sube apartando grietas su bandera apagada.

Recuerda mi país a lo largo y lo ancho.
No olvides mi país a lo hondo y lo alto.
Baja ahora conmigo
a la soberanía mineral de su mapa,
a la intimidad ciega de su vientre palpable,
baja a piel y a tímpanos
y escúchale la vida desmesurada, abajo.

Porque si no, no puedo decirte que vigiles,
que le cuides la antigua calidad de la sangre,
que tus ojos guerreros le protejan la entraña.
Baja ahora conmigo
y habitemos su ubérrima profundidad callada.

Hubo un tiempo de fuerza animal, palpitante,
hubo un tiempo de bueyes, de galopes, de pasos,
tiempos de fuerza viva como una flor o un ciervo,
pero después el hombre la trasladó a la máquina:
le fue multiplicando músculos y palancas.

Desde entonces descienden los hombres a la tierra
a liberar los hombros del petróleo gigante.

Y también desde entonces la ignominia ha crecido
como una enredadera de fusiles y zarpas,
porque cayeron pueblos de pastores, banderas,
muchachos que tenían sólo sed de muchachas,
muchachas que tenían sólo luna en los ojos,
padres con una dulce paloma en las pestañas.
Pulpos de un asombroso parecido a los hombres
compraban y vendían, vendían y compraban,
cipayos de un terrible parecido al desprecio
aún oliendo a muerte fueron condecorados.

Debajo iba el petróleo como un pez a oscuras
navegando la tierra por su paz milenaria.

Desde entonces hay oro y honores disponibles
para aquellos que entreguen a su madre violada.

A un extremo del mundo,
nuestro país levanta su andamio humedecido
de tarea y canciones, de pan circulatorio,
al sur de las estrellas,
su multitud nos nutre como un cálido sino:
gente muy parecida a la gente del mundo
sonríe diariamente con un modo de trigo.

En lo austral de la tierra,
donde el día es un potro de plata repartida,
a ras de piel le zumba el petróleo, florece
por todo el territorio como un oscuro ombligo.

Aquí llegan los barcos, los trenes, los aviones.
llenos de una anacrónica manufactura antigua,
sale también la carne y lós fardos de lana

y el sudor y las lágrimas y cifras clandestinas,
por cada tonelada de trabajo nos llegan
dos cierres automáticos y una revista vieja
y a veces, pulcramente, asépticos, intactos,
llegan turbios señores a turbias oficinas.

Entonces gabinetes, pequeños militares,
abdómenes con hombres mundialmente sensuales
y señoras de gustos mundialmente falaces
pactan civilizarnos a libras o a dólares
mediante abogaditos de apellidos canjeables,
miran por la ventana y recuerdan la noche
de Irán, de Venezuela,
de distintos lugares donde también pactaron
persecusiones, odios, traiciones, cobardías,
con esa misma náusea y esa misma nostalgia.

De noche,
cuando sueña la ciudad junto al río
y patria adentro duermen la semilla y la mano,
bajo las altitudes de la noche estrellera
olorosa a orígenes de impenetrable rastro,
añejas minorías de sonrisa amarilla
ejercitan la entrega, enredan su camándula
y testaferros pálidos de vocación siniestra
firman su biografía de sumisos castrados.

Gente que no conoce la labor de la gente
está confabulada.
Mercaderes que vuelven ruidosamente al templo
ceban su vieja trampa.
Selectos haraganes de tedio y humo y sífilis
nos asaltan la espalda.

Y ahora es el petróleo.

Dedos, guantes, señores, capitanes de intrigas,
tigres particulares, buscan enajenarnos,
sombras con apetitos, apetitos con manchas,
enemigos de baba personal nos socavan.

Constante y largamente
por la prensa y la radio
destilan su narcótico formal,
cifras,
contratos
llenos de viejas trampas
y cláusulas letales
donde por cada pozo de petróleo perdido
llegarán alambradas, gerentes y soldados
que con rara inocencia nos pegarán un tiro
cada vez que la patria nos empuje las manos.

Nos buscan el petróleo, la elemental tiniebla
donde la tierra guarda su potente verano,
para que mueva máquinas velozmente asesinas
sobre la paz del hombre, los árboles, el pájaro.

Y no era para esto que nosotros erguimos
a la faz de las nubes las torres, campanarios
de convocar la siembra y el amor de los pueblos,
de señalar la vida altamente sagrada.

No era para esto que el músculo y el libro
le cuidó el nacimiento, la pubertad acechada
por tristes alcahuetes de lo extraño, traidores
que no son ni ceniza, ni muerte ya, ni nada.

No era para esto, país, amor, hermanos.

Era para que nunca nos ataran el rumbo,
para que nos creciera la atmósfera y el vuelo,
era para ponernos la decisión a fondo
que alzamos la garganta nocturna del petróleo
allá donde la tierra es una extensa mano
y la arena una isla de soledad y oro.
Alzamos la imbatible raiz americana
como un chorro de noche a lo alto del hombre.
Era para ponernos la libertad en los ojos
y no ver sino pueblos, colmenares, guitarras,
habitando la pulpa madura de la patria.

Fue para liberarnos, país, amor, hermanos.

Recuerda lo profundo. Cava en tu propio canto.
Déjate un ojo abierto, país. Cuida tu espalda.
Dormir es una hazaña de peligro asesino.
Déjate un brazo libre mientras la historia anda.
Pon tus hijos en fila. Defiéndete el costado.
Cuídate con tus ríos, tus calles, tus ciudades.
Déjate un grito en vilo.Vigila tus estatuas.
Despliega tu bandera tras de cada palabra.
Haz guardia entre los hombres.
No descuides la espalda.
Límpiate de pequeños rencores familiares.
Une a.tus grandes niños. Cíñelos con el mapa.
Atales esta arteria vital en la cintura
para que nunca olviden como late tu entraña.
Déjate un ojo abierto para que por él miren
constante y hondamente tus vigías compactos.
Dí petroleo y despliega su enorme bandería

hacia todos los hombres que construyen tu sangre.

Albañil, sobre el ala del andamio, no olvides
ni fechas, ni regiones, ni materias, ni márgenes,
el país es un solo contenido, un solo
amor, un solo corazón inviolable.
Recuerda metalúrgico, pastor de acero y máquinas,
que el petróleo, su estambre, su energía, su cauce,
son tan inalienables como tu voz, tus ojos
y el pecho donde guardas la imbatible esperanza.
Campesino, memoria de la tierra, no olvides
las barbas de los ríos, las caídas del agua
desde donde la fuerza cambia el rostro del mundo
y hace temblar de luz las flores minerales.
Recuerda ciudadano, no olvides ferroviario
que el país es tan uno, tan tú y tan nosotros
que ahora no se puede pensarlo de a pedazos
sino como una sola voluntad entre todos,
sino como un violento y cálido puñado.

Asúmelo. Pongámosle el hombro a las estrellas.
Llenémonos la boca de amor impenetrable.
El enemigo es una agonía del odio.
Una derruida garra.
País, fábula nuestra, territorio del hombre,
que mi canción te sea como un viento de espadas
que ha preñado al petróleo con la sangre del pueblo
¡y lo ha vuelto bandera de vida enarbolada!

EL RIO

Conmigo empezó todo.
Si no olvido,
el Oeste era verde
hasta dañarse.
Todo empezó conmigo.
Nunca tuve
tan Oeste la sangre.

Vino la vida luego,
y era un río.
Tal cual dijo mi madre.

Un día me propuse
ser la vida
y crecer en lo verde
hasta dañarme:
hasta que el corazón
devino río.

Simplemente incesante.

TANGO EN LA MISMA ESQUINA

Si alguna vez la esquina, si volviera
hacia la cara parda de mi barrio,
vería que mi niño boquiabierto
aún espera el milagro de su fábula,
aunque no tenga ya aquél hambre músico
tan desmedidamente,
                                        aunque me llame
con esa voz de madres a la siesta
y ese mechón de pelo abandonado,
aún espera,
                                        yo sé que aún espera
que se cumpla el milagro de su fábula
y hable con los gorriones y lo entiendan
y tenga su tambor y su naranja.

Porque el niño que fui,
                                        este que llevo
aquí en el corazón de tanto hermano,
quiso tener el día para él solo,
llevárselo al baldío y enterrarlo
para gastarlo luego poco a poco
por el lado más dulce,
                                        para darlo

a ese padre que vuelve por las noches
gastado de gastarse por las calles.

Porque no sólo es pan. No solamente.
Son muy hondos los niños en su barca.
Es difícil saber dónde les duelen
las lejanas estrellas solitarias
que nunca alcanzarán.
Es muy difícil
abordarles la orilla y atraparlos
cuando echan a volar con sus ojitos
boquiabsortos de luz inabarcable.

Si alguna vez la esquina, si volviera
con la fábula proa en el velámen,
ahora que me entienden los gorriones
y he repartido el día por las calles,
les diría a las madres rumorosas
del colmenar insomne de los barrios,
digo que les diría, si volviera,
que cuiden que haya pan en el milagro.

COPLERA DEL ALFARERO

Bajo mil lunas de barro
duerme mi abuelo alfarero,
polvo inmolado en el polvo,
sueño de piedra, su sueño.

Su sangre dura en mi sangre,
su sombra en mi sombra llevo,
arcilla soy de su arcilla
donde padece el silencio.

Mi canto canta en tu nombre
siglos de barro cocido,
cántaro oscuro, la copla
te busca a orillas del río.

¡Paz a la paz de tus manos
bajo la tierra alfarera!
¡Tu oficio de barro y sueño
fundó la paz en la tierra!

UN GRITO DE IDA Y VUELTA

Es de andar el país que traigo el rostro
azotado de polen, azotado
por un mapa de viento desmedido,
por una enormidad de olvido largo.

Pasan las estaciones como tumbas
mientras los trenes pasan
desvaneciendo ranchos y chilcales
y regiones de arena interminable.
A veces queda en la pupila, ardiendo,
la sal de una mirada
donde la muerte talla en la pobreza
algún niño de trapo,
y aquella vasta soledad que crece
en la geografía del espanto.

Vengo de andar país. No impunemente
tengo un país delante.
Su gaviota a mi puerta. Sus raíces
de guitarra en la sangre.
Por ser nomás, no soy. Soy si me incumbe
entera su distancia.
Ando territorial y amaneciendo

en el velamen de sus madrugadas,
protagonista de su luz enorme
como una llamarada.

Por eso cuando vuelvo no me puedo
el silencio que me traigo.
De ver el país por dentro no me caben
los ojos en la cara:
rostros y voces, nombres y apellidos
me acosan preguntando
por el futuro que jamás empieza,
por la reforma agraria,
por las postergaciones y el bochorno
del latifundio rata,
por el sometimiento que nos urden
a espaldas del alba,
por el miedo animal que merodea
con sus brujas gendarmes,
por los niños que crecen casi inermes
entre tanta mentira organizada,
entre décadas de hambre y de desprecio
y discursos y salmos
que no cree ni dios porque ayer mismo
un niño murió de hambre
y en La Rural un toro batió todos
los récord de subasta
y en Inglaterra a Borges lo nombraron
doctor honoris causa.

Por eso cuando vuelvo demolido
de ver a mi país crucificado
estalla en mi guitarra como un grito
el silencio que traigo.

COPLERA DEL PRISIONERO

Estamos prisioneros, carcelero:
yo de estos torpes barrotes,
tú del miedo.

¿Adónde vas que no vienes
conmigo, a empujar la puerta?
No hay campanario que suene
como el río de allá afuera.

Como el que se prende fuego
andan los presos del miedo:
de nada vale que corran...
¡El incendio va con ellos!

No hay quién le alquile la suerte
al dueño de los candados:
¡murió con un ojo abierto
y nadie pudo cerrarlo!

No sé, no recuerdo bien
qué quería el carcelero...
¡...creo que una copla mía
para aguantarse el silencio!

Es cierto: muchos callaron
cuando yo fui detenido;
¡vaya con la diferencia:
yo preso, ellos sometidos!

Le regalé una paloma
al hijo del carcelero.
Cuentan que la dejó ir
tan sólo por verle el vuelo...

¡Qué hermoso va a ser el mundo
del hijo del carcelero!

MUFA DE MALA MUERTE

Un año y otro, el polvo
de los años, la niebla
que levanta el otoño:
irremisible y ciega.
                                        Van
de la piel al pozo del corazón
cayendo,
acumulando hojas
de amarilla tristeza.

Uno se va quedando
demorado en la sangre,
un día y otro y otro
de infatigable estepa,
viendo pasar el lento cadáver
del paisaje
donde hubo furia y sueños
y ráfagas de vértigo,
cuando el día era un sauce
violentamente joven
y te soltaba pájaros
de la piel hacia adentro.
Uno se ve las manos

por donde va quemándose,
sumiéndose, juntando
la basura del tiempo.
viendo avanzar un moho
de vejez sigilosa
entre crepitaciones
que ni siquiera duelen.

¿Usted se da una idea,
se da un grito,
se da un gemido, acaso,
de que la muerte viene?
Es una muerte sorda
al fuego, al estampido,
reptante, miserable,
derramada y viscosa.

Y uno se entrega un año,
una niebla, otro otoño,
minucioso y cobarde,
perramente sumiso,
correctamente lejos
del verano desnudo,
a prudente distancia
del animal del grito.

Uno fue y vino siempre
sin levantar los ojos,
horizontal, amable
eficiente y tranquilo;
leyó el diario al derecho
sin vanas suspicacias
y adhirió a los sonetos

puros de los domingos.
Fue consecuente: estuvo
donde el gobierno estuvo,
observó los preceptos,
asistió a los desfiles
y así le fue creciendo
un miedo rencoroso,
un miedo casi tonto
pero muy comprensible,
hacia ese tumultuoso
ruido que hace la gente
cuando viene tumulto
y ferozmente hereje,
¡vaya a saber de dónde!
porque, uno, felizmente
ni loco tuvo ganas
de meter las narices.

Este país ya nunca
volverá a ser el de antes...

En fin, mi viejo, es tarde.

¿Decíamos?

            ¡Ah, es cierto!

Un año

            y otro

            y otro,

¡qué miseria la muerte!

VENDIMIA DE LA JUANA

Si violan a la Juana,
si se escucha
su crujido de hembra en las hileras,
si rondan a la Juana,
si la siguen
y una tarde caliente la voltean.
¿qué ganamos este año,
de qué vale traerse la familia
a las cosechas?

MUCHACHO DE SEPTIEMBRE

Andar de rigurosa adolescencia: sumido, inevitable,
tropezando,
como buscando qué, que no he perdido,
náufrago fatigado de los parques,
andar así, mirándome yo mismo y sin tener oficio de
mirarme
por solamente ser sólo la vida, con la insolencia del
recién llegado.

Uno, de pronto, por la sola fuerza de los días calientes
y las ganas
voraces de ser hombre pero al todo, por esas cosas
sólidas, cabales,
entra a mirar el mundo que le toca, a solapear las
calles donde pasa
ensimismado y solo, tonto y solo, esquivando la luna
de los charcos;
uno que apenas tiene los domingos, algún amigo, un
nombre y una madre,
se pone a meditar muy seriamente, de pronto, por las
calles.

Son días a mansalva, largos días sin puertas ni
ventanas.
Uno va caminando dentro de uno y ya no hay dios ni
diablo que lo pare.
Cuídense de estos ojos que no olvidan, ¡ojo con esos
ojos!,
más cuidado,
que uno mismo se busca pero mira y está jugado y es
inapelable.

Andar de adolescencia en bandolera es andar de
testigo y acusado
por los atardeceres sin orillas, absurdamente ausente
de los pájaros,
dolido hasta los huesos, dolorido de las interminables
caminatas
con la sangre violentamente inútil y con toda la piel
desmantelada
adentro de septiembre, muy adentro: allí donde su flor
crece sin lástima.

Uno no aguanta ya que los silencios le apaguen las
campanas,
pisa en la tierra donde todo vuelve, entra en el viento
donde nadie calla,
porque la cosa empieza en esta esquina, en esta voz
empieza, en estas manos
y entonces no me vengan con olvidos, con bigotes
solemnes, con calmantes
y el impune gendarme establecido y el alcanfor letal
del funcionario
y el orden remendado del desorden y el guiño
corruptor de los culpables;

—¡Quietos ahí!
que uno no vino al mundo tan luego a sostenerle el
taparrabos.

Si me sienten pasar, aún aroma que va de
adolescencia y madrugada,
martirizando un tango malherido, violándole los
perros a la calle,
si escuchan unos pasos en la noche como alguien que
va quebrando ramas,
soy yo que vuelvo de buscar sin tregua la índole
materna de la patria,
mi rostro, exactamente, yo que vuelvo de medirme la
hombría y su tamaño,
mojado de llorarme en el rocío, aterido de verme
solitario
sin paz ni pan ni sitio ni un oficio de loco o artesano,
discutiéndole a dios los siete días que ya no traga
nadie
con todo el sinrespeto del que reza y lleva el corazón
desocupado;
soy yo que vuelvo de mirarme a fondo y de ver a través
de alguna lágrima
la suerte pobre de los pobres de todas las provinciasy
los barrios
con ese rostro tierra y generosa que no atina a comerse
la esperanza
y espera no sé que, que venga mongo
para comérsela y ponerse en marcha.
Si me sienten pisar, alta la noche, el territorio de la
luna amarga,
si vuelvo, como vuelvo, amanecido, a mi parte de
madre y de regazo,

no digan: crecerá, como quien dice: toda ceniza ha sido
llamarada,
porque aquí,
en los naufragios de septiembre,
la vida caudalosa monta guardia.

COPLERA DEL VIENTO

Ando cantándole al viento
y no sólo por cantar,
del mismo modo que el viento
no anda por andar nomás...
Yo soy sangre en movimiento
y él es paisaje que va...

Me gusta andar en el viento
y es porque me gusta andar
empujado por los sueños
y empujando a los demás.
Yo sé que no empujo solo
y hay quien me empuja a soñar.

Tuve un amigo aquí cerca,
corazón de palomar,
le vieron viento en los ojos:
no lo dejaron pasar.
¡Ellos no saben que al viento
nadie lo puede atajar!

Si la piedra es viento quieto
que ha olvidado el arenal,

¡los muros son sólo viento
que el viento se llevará!

¡Ando cantándole al viento
y no sólo por cantar!

EL HIMNO A UNA VOZ

No vale que uno salga y se pregunte
rechinando o gimiendo:
                    ¿quién mató las palomas
del palomar del viento?
                    ¿Quién hurtó los galopes,
la montonera en pelo?
¿Quién cerró de un portazo las puertas del Cabildo
ante la misma cara blanca y azul del cielo?

No.

   Porque ya sabemos de qué olvido se trata,
de qué artera minucia rodeada de alusiones
de qué almidón ministro,
                    de cuánto abracadabra
avieso como un golpe de frío en las espaldas.

Anda uno como sobra, lunado, ciudadano,
pisando por el viento peatón de la calle,
ilegal y sin cónsul, jubilado, vacante,
viendo pasar la infamia prósperamente cómplice
entre obesos verdugos que afilan su navaja.
Ya no hay raíz, me dicen a lo largo del día.

Tu padre está ceniza. Tu abuelo sin caballo.
Casi no queda polvo del polvo solariego
y del loco relámpago de furia que fundaron.
Queda atroz andar solo cantando el himno viejo
en las esquinas sordas de la babel del hambre.
Pueden oir los niños. Su traviesa memoria
es tierna y peligrosa. Es ridículo. Cállese.
No queda bien que un hombre ande de escarapela,
gritando y repartiéndose, convulsionando el aire.
La historia está editada. Fue escrita en su momento.
Hay que cuidar el orden de ciertas digestiones
que jamás se interrumpen. Ni con las fechas patrias.
Tome este calendario y organice su himno.
Sólo en las efemérides es decente cantarlo.
No diga que no sabe cuál es el día lícito.
Se lo ve a simple vista. Ese rojo de Mayo.

No vale que uno salga rechinando y gimiendo,
gritando a voz en cuello: ¡oíd, oíd mortales...!

PROCLAMA

Generalmente,
dijo el general,
aquí nadie es legal.

PEATON DIGA NO

Salir, el viento arriba, cualquier mañana de estas
al día trepidante, izando la paciencia,
insistiendo en los sueños que no se dan y huyen
locamente delante de nuestra suerte perra;
salir, ya malherido por los informativos
y con el diario en llamas por la chispa de América
—corriendo hacia lo de uno urgentemente solo—,
es un fulero asunto, una ronca vergüenza
escondida en el fondo del manso portafolios,
esa tonta mochila del peatón sin tregua.

Yo peatón, me digo con el pecho golpeado
por las humillaciones sucesivas del día,
digo que yo me digo: hay que hacer algo, viejo,
antes que venga el cáncer y te deje en la vía;
hay que hacer algo pronto y aquí, sin ir más lejos,
hacer, no se qué cornos, empezar la podrida,
porque yo ya no llego ni con la lengua afuera
si no empiezo esta cosa de enderezar la vida,
¡aquí y ahora mismo!, digo, sin dar más vueltas,
asumiendo la bronca feroz de cada día.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer, hermano, debajo de la lluvia?

¿Debajo del cemento, donde un perro agoniza?
¿Debajo del gobierno, inerme y ciudadano,
yugando bajo el peso de sus grandes mentiras?

¿Qué hacer? ¿Qué hacer, hermano, lacerado de afiches
donde la coca-cola se mata de la risa?
Hay que encontrar la forma de dárselas con todo
porque a mí no me arreglan ya con otra aspirina;
pero, ¿qué hacer, hermano, debajo de la lluvia
como un desopilante inspector de cornisas?

Yo peatón, culpable de ser la muchedumbre,
yo mismísima culpa, ¡no compro más tranvías!
Digo no. No y a muerte. ¡No redondo y en seco!
¡Y para todo el viaje digo un no cañonazo!
¡Un no en la plena jeta del mercader de Patria!
¡No! ¡Hasta que yo no tenga las treinta y tres de mano!

¿Se da cuenta, compadre? Era simple la cosa.
Como dicen los bolches: la libertad se ejerce.
Ya tengo la precisa. Digo no, simplemente,
y se les viene abajo toda la estantería.
Pruebe, compadre, empiece por los no más pequeños,
no a la pequeña burla que casi ni se siente,
diga no a los legales prósperamente oscuros,
a las fotonovelas, al cantante epiléptico;
no al opio venenoso de la Tevé y la Radio.
Diga no. Es una bomba: ¡y con la mecha ardiendo!

Dígalo en todas partes, en su casa, en la feria,
en la calle, en los trenes, en la cancha, en el viento;
lléveselo al trabajo de modo bien visible
y lúzcalo orgulloso como un pañuelo nuevo,

después, vaya subiendo en grados subversivos
hasta el no más heroico y de cada momento:
no a las persecuciones, a la atroz carestía,
a los golpes de Estado y a los edictos rengos;
no a los yanquis en Cuba (o en cualquier otra parte).
a la guerra asesina en Vietnam, por ejemplo,
a que humillen la sangre como en Santo Domingo
sumando nuestra sangre a sumados ejércitos;
diga no sin tapujos allí donde le cuadre
hasta que se propague por el país entero
un no como una casa, grande como una casa
donde un día podamos alojar nuestros sueños.

Pero si acaso siente por el aire un sonido
como de pueblo andando caudal en su torrente,
si fueran a buscarlo los compañeros río
para Jordán y limo de sus hondas vertientes,
empínese en la honra de la Patria que amamos
y salga a decir sí,
sencillamente.

EL BARCO

Hace siglos, lunas, soles
que el país va navegando.

Látigos de dura historia,
montonera de hambre y años;
hace mucho —el tiempo es hombre—
que la Patria va en un barco
hacia su puerto de paz, navegando.

Tanto andar por estas aguas,
tantas veces el naufragio,
tan castigada la brújula,
tanto Patria,
                    —¡hermano, tanto!—
que de surcar intemperies
siglos, soles, lunas, años,
el país que nos contiene
—digamos— ¡se ha vuelto barco!

Gaviota de los trigales
se ha vuelto barco.

Suburbio donde esperamos,
se ha vuelto barco.

Tierra ajena y sudor nuestro,
¡navegando!

Ahora mejor juntemos.
amor, mientras comenzamos
a decirnos tiernamente
que vamos,
                    que todos vamos
navegando el mismo barco,
sin islas, sin otro puerto,
sin más capitán que el canto:
vamos navegando todos
el mismo barco.

Hay que admitirlo.
                    Es un hecho
largamente elaborado,
un modo de muchos sueños
y una esperanza almirante.

¿No es hermoso que pensemos
a la Patria navegando?

¿No es bello saber que todos
vamos en el mismo barco?
Políticos, presidentes,
honorables ciudadanos:
ahí va esta flor del oficio
tonadero de mi canto:
                    sobre la rosa del viento
                    la Patria es un dulce aroma,
                    navegando.

Ahora más bien pensemos,
quedémonos meditando.
Habitemos ese verso
ya sin posible naufragio:
—generales, abogados,
sacerdotes, diputados,
señoras, hombres de empresa,
comerciantes, funcionarios—
¡sobre la flor de los vientos
la Patria se ha vuelto barco!

Yo me conozco el oficio
y la guitarra es un mago.
—Quien haya perdido el rumbo
saldrá con ella a buscarlo—
Y esta guitarra que toco,
pajarera del paisaje,
cuando dice lo que dice
no hay que andar adivinando...

Guitarra, ¿cómo es la Patria
navegante que cantamos?
¿Sobre la flor de los vientos
un aroma vuelto barco?

¿Y no te duele, guitarra,
la madera en la garganta
como a mí me está doliendo
la campana de la sangre?

¡Ya no me digas, guitarra,
cómo es mi Patria!

Lunas, siglos, días ciegos,
navegando.

Y mientras ellos te beben,
abajo vamos remando,
remando,
vamos remando,
¡abajo vamos remando!

Guitarra, Patria, Bandera,
luna, río, sueño y cielo,
navío del alto viento,
dulce rosa navegando,
hay dos modos de saberte
mientras tanto:
arriba como un olvido,
como una memoria, abajo.

Porque arriba te trafican
y abajo vamos remando,
remando,
vamos remando,
nosotros vamos remando,
mientras tanto.

¡Y sin embargo es tan simple!
¡Es tan claro sin embargo!

Hay que hacerse del timón.

Cambiar el rumbo de manos.
Subir de pronto a cubierta

—y con este mismo oficio
unitario que remamos—
poner las cosas en orden,
limpiar el viento,
                limpiarnos
de los que vienen arriba
traficando y vomitando.

Y entonces,
                ¡proa a los sueños!
¡América está esperando!

OFICIO DE LA LUZ

Quien crece en lo apacible de lo verde
a merced del aroma geográfico;
quien ve pasar las aguas sin olvido
de los ríos leyenda de la Patria,
ejercita la luz
                en el sentido
del oficio riesgoso de la sangre,
asume su raíz,
                cae a la hondura
mineral del paisaje
entre un sol alfarero y el gemido
del viento zanjonero por las cañas,
cuando sangrando un cielo sin orillas
se derrumba la tarde
hacia el origen sordo de la piedra
sepulta en el sonido y lo primario.

De esa heredad se crece artesanía
sometiendo a los ojos la distancia
y luego de cruzar, solo, las sombras
el corazón milita entre relámpagos.

Nadie vuelve de allí si no es ardiendo.

No sale nadie impune de esas llamas.

Después vendrá el tumulto, los países,
muchedumbre de pájaros y mapas,
las solicitaciones de la brújula,
un pantalón de siete leguas largas,
el trago tabernero,
                    los naufragios
en la ribera de la madrugada
con sólo unas monedas y el milagro
de amanecernos con la luz intacta.

Entretando la muerte roedora
hila y deshila su ritual de espanto
a un paso de nosotros,
                    en los rostros.
Que ciegamente amamos
aquella vez de trigo y primavera
que no olvida la piel, aunque la dañen
un día y otro hueso y otra noche
de interminable lluvia interminable.
Aquí, en nosotros mismos, nos sucede
este oficio de luz,
                    aquí nos cava
la arena laboriosa del silencio
con la urgencia impetuosa de los años
morados,
                    demorados por el vino
donde pacen los toros del verano
nutriéndose en la tierra que nos nutre
de un ancho crecimiento palpitante,
sólo para que tenga residencia
lo votivo del hombre y su esperanza.

Porque, ¿a qué otra cosa hemos venido
de aquel origen verde de la sangre?
¿Acaso a usar la luz en la avaricia
de nuestra propia sombra solitaria?
¿Y todo este silicio que nos ronda?
¿Y ese grito que va a ninguna parte?
¿Acaso no es oficio de nosotros
ejercitar la luz, desmesurarla
hasta que irrumpa en el cubil mezquino
del mercader de sombras y aquelarres?
Porque la luz no agrede a quien la habita
sin violentar su continente de alba.
Su oficio más asiduo es repartirse.
Penetrar el silencio y la campana.
Soltarle las palomas a la vida
desde lo más metal del campanario.
Ese es su modo de construir el día.

Esto es lo que se aprende de mirarla.

Cuesta, después, quedarse en las cenizas,
no devolver al pueblo la mirada,
habituarse a lo oscuro, andar de prisa,
pasar por la ventana y dar la espalda.

Uno anda con la luz —suerte de pobre—
buscando cielo para contemplarla,
anda gonzález por pisar lo cierto,
lo tierno de lo cierto y nunca lo halla,
anda martínez howard, anda alonso
buscando cielo para liberarla.

Suerte de pobre este pueblo mío
tan fernando, tan sóbis^h, tan orlando,
tan matus, tan raúl y tan bustelo
yendo y viniendo por lo gris del aire
con una ganas locas de hacer sitio
al pobre sol raído de la calle,
mientras me los asedian los edictos,
las proclamas del asco, los horarios,
los fiscales censores, los incisos:
prohibido-pasar-pisar-pensarse
demásdedos-ponga-la-firma-al-dorso-
Conniñosno-la-luz-se-paga-aparte.

Los patriófagos medran en lo oscuro,
beben tedio entretanto
que va la luz pasando por los ríos
como un barco lejano
y aquí, en alguna esquina, cruza el viento
con un tango a media asta
y entonces ellos sueltan la estampida,
el polvo negro de la atropellada,
el golpe de revés, el cretinaje,
los infolios de miedo organizado
para que no tricemos su penumbra
con semejante luz en plena cara.

¿Pero qué le hace ya una mancha al tigre?
¿Quién se anima a esconder la llamarada?
Primero, no se puede; luego, quema.

Sólo queda la argucia de apagarla,
de apagarse y hundirse en la ceniza
y lavarse las manos y aventarla.

La luz es un oficio sin olvido.

El más hermoso riesgo de la sangre.

1965

LOS NUEVOS POEMAS DE JUAN

En el libro del viento, Juan, sobre mi hombro, sigue escribiendo su tumulto. Sin otro orden que el de su propia urgencia. Por eso se mete a mi soledad y me impone su canto, subversivamente fuera de los planes de mis libros y canciones, de mis tareas, de mi propósito de hacer de cada libro de poemas un cosmos, es decir, una ordenación lo más ajena posible a la contingencia. No es posible evitar que se salga de madre. En cualquier tiempo y lugar, dicta su militancia de hombre de todo tiempo y lugar. Y sus poemas se salen de mis libros. A veces me los llevo a los recitales donde los otros Juanes esperan su palabra. Para que entraran a su Antología, que sigue creciendo, esta vez tuvo que esperar diez años de obvia censura. Cumplo con incluirlos en esta quinta edición que él está revisando como siempre: sobre mi hombro.

TEJADA

La cancionera", 25/4/87.

EL LIBRO DEL VIENTO

Mi canción es un libro
que se escribe con el viento
y una imprenta indeleble
—la guitarra del pueblo—,
a lo largo de América
lo imprime a cielo abierto.

Después, de boca en boca,
santo y seña del sueño,
va entre los hombres, cruza
las fronteras del miedo
y nombra al sometido
en su padecimiento.

Las muchachas azules,
los rudos marineros,
el labrador de pámpanos,
el quieto, el andariego,
andan con mi canción
sin posible sosiego.

Mi canción no le teme
al tumulto ni al fuego.

todos pueden cantarla
y llevársela lejos.
Yo sé que cuando vuelva
tendrá un sonido nuevo.

¿Qué dice mi canción?
De todo en su momento:
asuntos de casados,
asuntos de solteros,
dolores, alegrías:
juglaría del viento.

Y si a veces estalla
en un grito violento
es porque al pueblo acallan
¡y duele ese silencio!

Buenos Aires, 1977.

GEOGRAFIA DE LA ROSA

¡Qué rosa más lejana,
la Rosa de los Vientos!
Al sur es una lágrima
donde duerme el silencio.
Legua azul del planeta,
residencia del cielo,
el sur, es una rosa
que nos mira de lejos.

¡Qué rosa más sencilla,
la Rosa de los Vientos!
Permanece en el norte
como un día de cuero.
Polvaderal arriba,
los terrestres zorzales
la aturden de sonido
en los valles del viento.

¡Qué rosa más fluvial,
la Rosa de los Vientos!
Al este, como el río,
va y vuelve por el tiempo.

Escampa la mañana
azulada de frío
y en sus párpados verdes
retrocede el rocío.

¡Qué rosa jubilosa,
la Rosa de los Vientos!
Huele a pan al oeste
y a vino tonadero.
Pone la luz encima
de fragantes manteles
y queda ahí: aromando
las voces de la gente.

El que no ve la rosa
aún no ha florecido:
hay que entrar a su polen
como la luz al río.
Así: sencillamente,
así, de sol en ristre
que anda por las ventanas
despertando a los niños.

Buenos aires, 1972.

AGUSTIN CORDOBAZO

Sí, Tosco, si Agustín,
como hace la madera:
con la tenacidad
de la flor que no cesa;
de ese modo, Agustín
Tosco, como la tierra
¡de donde el Cordobazo
alzó su polvareda!

Como ese grito crudo
que sale de los gremios,
de los talleres grises
y las Villas Miseria;
así, Agustín Tumulto,
de esa manera entera,
avanzamos contigo
y con la clase obrera...

Nadie sabe en qué aire
te volviste bandera
transparente, Agustín,
de overol primavera.

Toscamente, Agustín,
sangre de sangre nuestra,
cordobamente hermano,
para que el día vuelva:
contigo en cada nido,
en cada campanario
y el motín de palomas
que de tu sangre vuela.

Nadie se ha detenido,
nadie ha dicho: me rindo;
a cada santo y seña
tu multitud regresa
con los puños al aire
hacia la vida nueva
y tu overol azul
¡de Patria en primavera!

Córdoba, 29/1/87

LA SILABA

Si pudiera escribir
yo escribiría
esta simple palabra
gigante, de dos sílabas,
muy trabajosamente
escribiría: vida.

Si volviera a escribir,
dibujaría
con empeñoso empeño,
pero ya con tres sílabas,
un sonajero,
el cascabel del día,
el cairel, la campana
y este cristal del viento:
la alegría.
Si dibujara bien,
la escribiría.

Tú que no escribes nada,
que no cantas,
que solamente
vives de la vida,

dibujarás la paz,
no una paloma,
asomado al rubor
de las espigas.

Diras, sin escribir,
sin el dibujo,
poniendo el horizonte
en tus pupilas, dirás:
—¿sabe qué pasa,
don Tejada?
Es en vivir
que se nos va la vida.
Ahora, dígame,
usté que sabe:
¿qué quiere decir sílaba?

La Cancionera, 5/10/84

CUENTO EN LOS BOSQUES DE SHERWOOD

Robin Hood le quitaba a los ricos
para darle a los pobres
en los bosques de Sherwood,
jinete en su caballo refucilo.
Se dice que los pobres lo cuidaban
y escondían sus pasos
tapándolo con niebla
o guiños o rocío
y un silencio de piedra.
Los duros capitanes del Rey
y sus soldados, hacían el ridículo.
Los pobres trabajaban
hasta apagar el sol de cada día.
Pero el sol regresaba reclamándolo todo:
el diezmo sobre el diezmo.
Y como Dios, ya entonces,
estaba muy arriba,
desde arriba ordenaba
sumisiones feroces, flagelos lacerantes
y tercos mandamientos.
Siempre decía no.
Y vivía en Palacio prohibiéndolo todo
del Palacio hacia afuera.

En fin que Robin Hood no estaba
en todas partes del extenso Condado
y muy de tarde en tarde
llegaba a alguna aldea,
cambiaba los caballos, arrojaba monedas
y partía a los bosques a construir su leyenda.
Pero ya el pobrerío tenía que contar
y zurcir y cuerear y agrandar los asuntos,
por lo que cada vez las cosas empeoraban
y todo era esperar que Robin Hood volviera,
jinete en su caballo refucilo.
La gente se moría sumida de esperarlo.
(Dicen que así sentían que se morían menos)
Pero como la muerte no juega al ajedrez
volteaba los alfiles y pateaba el tablero.

A veces, Robin Hood, pactaba con el diablo.
Tejía telarañas. Cabalgaba en la intriga.
Se ponía de parte del Duque o el Marqués
y andaba de ajedrez con el Rey y la Reina,
según que algún Ministro desoyera el horóscopo
o urdiera Capitanes sobre las altas torres.

Abajo, el bajo pueblo, seguía en sus oficios
masticando un puñado de duros cereales,
nombrándolo hacia adentro
entre largos suspiros y
esperando el regreso vertical de su espada.
Al que era sospechado o pensado
o temido o grave o peligroso
de saber sus señales,
le quemaban la casa por peste imaginaria
y lo descuartizaban en feroces tormentos;

arrasaban piafando las humildes aldeas,
casa por casa o niño, doncella por doncella,
hasta que ya cansados de depredarlo todo
dejaban parpadeando la luz de los incendios.

En tanto, Robin Hood, cantaba por los bosques,
enviaba sus mensajes con flechas o emisarios,
asaba algún venado, seguido por un fraile
obeso y pintoresco,
jinete sobre un burro teologal y pimpante.
El Medioevo teñía su laud juglaresco.
La corte hervía brujas.
Los pobres esperaban.
Cierta gente de abajo dormía con un ojo
y con el otro, dicen,
miraba y se miraba y aguaitaba el camino
por si acaso viniera, Robin Hood, la esperanza.
Así pasaron años y comieron perdices
los que siempre comían perdices o venados.
No sé qué día fue, pero un día salieron
todos al mismo tiempo como una llamarada.
El incendio del bosque duró todo un otoño.
(Dicen que a Robin Hood, lo mataron los pobres,
cansados de esperarlo).

Buenos Aires, 1975

LA CATEDRAL

¿Por qué hacia arriba
siempre?
¿Cómo es que se supone
que las cosas ascienden?
¿Y por eso, por esa
metáfora del vuelo,
hay que subir,
sufrir,
subir el sufrimiento
de la plegaria
y luego
ver que las mariposas
están crucificadas
en el muro del rezo
y creer
y creerse
y creerse creer
que arriba,
muy arriba,
donde el frío es silencio,
está,
óptico y mudo,
el salario del cielo?

¿Por qué
la Catedral
no es simple
como un rezo?

Buenos Aires, 1976

MILONGA DE POCAS PULGAS

Porque nunca tuve perro
soy hombre de pocas pulgas.
Tal vez porque yo creía
que me sobraba ternura
y, por no gastarla en perros,
la malgasté en otras lunas:
en madrugadas y duendes
hechos de mi misma hechura,
en vinos de mala muerte,
en muertes de vida oscura
y oraciones donde a Dios
le veía las roturas.
Yo vi suicidarse al diablo
y no le dí sepultura.
¡Ahora ya saben por qué
soy hombre de pocas pulgas!

Un día me hice de perro,
de techo, mujer y pulgas:
que, a la larga, hay que rascarse
y es mejor todos a una.
Total, si ya anduve solo
a patacón por la luna

y, por las calles de nadie,
lamí mis lastimaduras,
lejos de Dios y del diablo
y al cuete con mi ternura.

Sólo porque uno no quiere
ser montón, cosa, costura
y ví salir de la bolsa
de la vida la hermosura:
muchedumbres, multitudes,
gente de mi levadura
y me meto al entrevero
puteando a la dictadura
y en eso, voy y tropiezo
con un criollo de estatura
que vuelve el rostro y me dice:
—¡No empuje a toro, cumpa,
soy hombre de pocas pulgas!

PERSONALMENTE

Yo canto puntualmente
y de ese modo vivo.
Adrede no conozco
a grandes personajes.
Casi no escribo cartas.
Ando siempre conmigo
sin séquito ni plácemes.
No amaño relaciones. Voy,
me llevo en persona
a ver a mis amigos.

Dí con Carlos Alonso
tomando chocolate
en una madrugada,
cuando éramos muchachos
y con Pablo Neruda
en lo de Aráoz Alfaro.
No conocí a Siqueiro
ni a don Andrés Celaya;
tampoco a Blas de Otero
viviendo, allá en Madrid,
a menos de una calle.

Con Nicolás Guillén
nos hicimos amigos

cansando madrigales
para una misma dama
y a Raúl de los barrios
en muy rituales vinos
después de las tareas
de nuestra militancia.
Hamlet Lima Quintana
se quedó en mi destino
cuando entró a mi canción
desde su Octavo Pájaro.

No sé golpear la puerta
de mis hermanos grandes.
A saber en qué asunto
están, en qué recodo
de sus cavilaciones,
en qué fogatas suyas,
qué aire, qué volcanes.

Y me dá no sé qué
perturbarles la casa
y decir sonsamente:
buen día, soy Tejada,
de América, argentino,
no, no sé de Cortázar,
jamás hablé con Borges,
no traigo ni una carta.

No riego relaciones.

Amo nuestras distancias.

"La Cancionera", Buenos Aires, 1/6/83.

CORAL BOLIVAR

Supremo soñador,
nivel del cóndor,
horizonte del hombre
a cielo y tierra.
Señor Simón,
Comando del futuro,
caviloso tumulto
de mi América.
Vengo de haber caído.
Estoy volviendo
de las cenizas donde fue la muerte,
entre miseria, postración y llanto,
la medida del sátrapa en tu ausencia.

La noche que caíste hacia el rocío
—¿quién podía contener tu transparencia?—
salieron de las sombras los traidores
y en el minué de las oligarquías
fue mártir y martirio tu bandera.
La geografía de tu sueño grande,
el mapa de tu América Morena,
fue partido, violado y repartido
entre tiranos de papel y Hacienda.

Nosotros perduramos en tu sueño
y seguimos soñando a tu manera:
raíz en la raíz, pueblo con pueblo,
somos tu duro ejército de greda.

Compadre resplandor,
Tata de cobre,
lúcido General
de la insurgencia.
Cima Simón.
Bolívar permanente.
Estratega
de urgentes primaveras.
Soy el que te ha nacido,
el venidero
de la resurrección de tu fogata,
porque en Cuba, Martí ya está de vuelta
y por su rosa escribe la mañana.

Sandino ha vuelto ayer: sombrero libre
para que el sol se quede en Nicaragua,
girasol, giraflor, giracolores
de los volcanes de su furia ardiendo
y sus poetas de guitarra armada:
Estaba el Che, austral como es su modo,
y Allende, puro mar y cordillera,
y por Brasil bajaba el Amazonas
uniendo su coral a Venezuela.

Ahora, tata sur y ya despiertos
de una punta a la otra de tu América,
venimos a sacarte de tu sueño
para que nos dirijas, como entonces,
hacia tu campamento en las estrellas.

Buenos días, Simón,
cumpa del viento,
somos la vida nueva que ordenaste
porque tú no te has muerto del otoño
ni del invierno ni de primavera.
Tú eres ese niño que nos mira
desde el silencio de Latinoamérica.

Caracas, Venezuela, abril de 1983

REDERAS DE CASTRO URDIALES

Tejen al sol las Rederas,
orillas de Castro Urdiales,
y un mar de coplas saladas
sube empujando la tarde.

Al cielo Cántabro
abro
mi corazón y le canto,
que de corazón afuera
anda la mar por mi llanto.
Ay, esa barca que vuelve;
ay, esa barca que parte:
en una, vuelve mi sueño,
en otra, sale a buscarlo.

Toma la luz la Redera,
como la punta de un hilo
y se estremece en las redes
un mar de peces perdidos...

Al cielo Cántabro
abro
el corazón de mi canto,
que yo aprendí por la tierra
que el mar es cielo aquí abajo.
Ay, de esa barca que va;
ay, esa barca que vuelve,
tejedme la red, Rederas,
que me voy a por la muerte.

Tejedme una red muy fina,
Rederas de Castro Urdiales,
donde apenas pase el agua
y quede el pan de los mares...

Castro Urdiales, España, 1978

FALTA ENVIDO

Nunca he podido, vida, cortar caminos.
Voy por el medio siempre,
si a los costados,
avieso y herrumbrado,
advierto la amarilla
complicidad del guiño.

Se dirá que uno tiene lo que merece.
Se merece la vida si uno ha vivido,
repartido en sí mismo,
despreciando el usado
chantaje de la muerte
y de uno que otro olvido.

Nunca he negado nada cuando lo he dicho.
No vuelven las palabras
si han pronunciado
claro, sustantivado,
el ínsito milagro
de lo grande y lo mínimo.

Tarde es para ser ciego y para ser sordo.
Decir no sé, no he visto, no lo he pensado,

cómplice abochornado,
desnuda el apotegma
de que el miedo no es sonso.

Por eso, es por la arena. No por lo liso.
Lo del camino es tuyo, no de la huella
hollada, arcana, seca,
que va hacia otra parte pero no a tu destino.

No sientas la fatiga como un castigo.
Si empujas por lo tuyo, haz como el viento
jadeante, extenso, terco,
que cuando da en el muro
se vuelve remolino.

"La cancionera", Buenos Aires 1979

UN GOLPE DE TIMON

Algún día en los días
de tu vida y la mía,
habrá que decidir
y habrá que responder:
¿quién soy? ¿adónde voy?
¿Qué hago bajo la lluvia?
¿Qué brújula o que brujos
dan el paso que doy?
¿Quién guía esta tormenta
en la que soy el náufrago
de un océano loco
donde soy y no soy?

Denme un mapa, denme
el libro de bitácora,
la última golondrina
que ayer partió al adiós.

Denme un dato de algo,
una breve gaviota
que me dé la certeza
de un golpe de timón.

El que cambia de vida
cambia también de muerte.
Quiero elegir la muerte
de la vida que soy.
¿Quién dió más por tan poco?
¿Quién puede contestarme,
ahora que estoy dando
un golpe de timón?

"La Cancionera", 12/8/84.

PARA LEER CANTANDO

Porque un hombre es la historia del hombre,
basta un hombre para comenzar,
—desde el fuego primario al espacio—,
el oficio mundial de la paz.
Sólo un hombre con hembra a su diestra
siembra sueños de nunca acabar.
No hay historia sin hombres. La vida
es la historia de la libertad.
Nadie pasa sin sombra y a veces
es la sombra la que sabe más.

A la sombra de América espera,
memorioso, un poema coral,
el clamor muchedumbre del mapa
que retumba de un mar a otro mar.
El paisaje está armado. Los ríos
son el cauce de la insurrección.
En las sombras la sombra se ha unido.
La paloma ha cercado al halcón.
Le tomamos el siglo y el pueblo
esta noche cazó el cazador.

Amanece. La historia no cesa
y la escribe el amanecer,
su escritura es la rosa del día
y los pueblos la saben leer.

"La Cancionera", 16 de septiembre/83
Tiene música de Osvaldo Pugliese.

EL DESARMADO

Me he desarmado adrede
en estos tiempos
en los que todos pueden
y al fin hablan
del horror consabido
que supimos
y ese silencio
que nos inmolaba.

Yo quisiera saber
si los que gritan
sostendrán ese grito
a rajatabla.
No sea que otra vez
al primer tiro
quedemos donde estábamos.

Hace un país,
o acaso, un continente
que estamos esperándolos.
Canten cuando no puedan
y si pueden
no se aturdan cantando.

No sólo por cantar
cantan los pájaros.

"La Cancionera", 19/11/85

LOS RIOS DEL CIELO

Sobre el viento de agosto
pasa un río.
Arriba de la tarde,
es un sonido verde
el infinito.

Hay que mirar al cielo
para verle
el velámen celeste,
el desafío
con que embiste eucaliptus;
el oleaje,
borracho de paisaje,
de mis pinos.

Pasa un cauce de aromas,
un capricho
de los ríos del cielo
y un bullicio
de pájaros que van
hacia septiembre,
escalando
su música imposible.

Aquí abajo,
en mi vino laborioso,
esta palabra
piensa en su destino.
Inventa ríos
que en el viento pasan
encielando los álamos
furtivos.

Mi casa, ese navío,
ahora duerme,
rolando sobre el sueño
de mi hijo.

He descubierto ríos
en el cielo.
La paz en el otoño
es otro río.

"La Cancionera"
24/8/85 al 20/2/86.

CANCION DE LA NIÑA JUDIA

Trigo del día, niña judía,
te ví cruzando el sol
de aquella tarde que no moría
y se amparaba en vos.

Niña Judía, quién nos diría
que nadie te cantó
aquí, en mi patria de cada día,
donde te amó el amor.

¿Le tienen miedo a tu transparencia?
¿Les duele tu candor?
¿Acaso hay dioses de las tinieblas
que han inmolado al sol?
Seca tu llanto. En nuestra América,
de un cielo se hacen dos.

Sé transparente, como la vida,
para que vuelva el sol.
Niña judía, vida con vida,
celestemente amor.

Los trovadores, siglos tras siglos,
buscarán tu balcón:
por ver el día, niña judía,
desde tu corazón.

La Cancionera, 6/11/85.

REGRESO DEL MALVON

El tango es un sollozo interminable
como de mar, como de toro herido;
el tango es el resuello de las calles
que ovilla el hilo largo del silbido.
¿En qué estaño empinó el codo de sombras
y se quedó a velar el farolito?
¿En qué esquina olvidó sus habitantes
y el overol de asombro de este siglo?

¿Quién le mató el malvón? Si los malvones
aún vuelven a los patios parpadeando
y ven crecer la vida cuando el alba
abre la puerta obrera de los barrios.
¿Quién le mató el gorrión? ¿Quién fue el fantasma
que lo crucificó contra el pasado?

El tango es como un rezo en rebeldía
que anda con vos comiéndose el sollozo.
Todo el mundo lo cuenta como un cuento:
como si el llanto fuera cosa de otro.
Ahí anda gris, de viudo de la vida,
dios de anteayer, compadre de las sombras,
en lugar de cantar al país nuevo
que sale desde el pueblo cada aurora.

Hoy regresó el malvón. Iba aromando
la luz madrugadora de los barrios.
Volvía del olvido y perfumaba
las manos palpitantes del trabajo.
Lo seguía un gorrión y en los talleres
cantaba su epopeya Buenos Aires!

Buenos Aires, 1972
Tiene música de Osvaldo Pugliese

CANCION DEL CABECITA

Yo entré a la gran ciudad
y a su misterio
como una bocanada de alegría.
Salió a besarme en frío
los dos pómulos,
la garúa finita.
Fue en Retiro.
Recuerdo aún mi miedo
y el aluvión de asombro
que tenía.

El gentío miraba,
nos miraba,
con un leve reproche
despectivo.

Un señor le decía
a su señora:
—Son "Cabecitas Negras".
Y aunque no comprendí,
tampoco olvido.
De animarme, tal vez,
le hubiera dicho

que yo traía un cielo,
un memorial de pájaros
y un río.
Canciones milenarias
y montañas.
Y el hambre por la vida.
Y mis oficios.
Le hubiera dicho
lo que no le dije,
pero ahora le digo.

Porque ya me he ganado
esta guitarra
y le he puesto futuro
a su sonido.
Por mí,
canta un país indeclínable
y un Paraná de amor
canta conmigo!

"La Cancionera", Buenos Aires, 23/4/86.

MANUAL DEL TIGRE

"El imperialismo es un tigre de papel."
(Mao Tse Tung)
"El imperialismo no es un tigre de papel."
(Latinoamérica)

Los tigres no comen tigres. Tampoco comen trigo.
Comen corzuelas, comen animales menores.
No confundir los tigres con juegos de palabras.
Ellos comen. No juegan en un plato de trigo
y en su naturaleza la sombra hace su sombra
pero no de papel, precisamente.
Toqui Caupolicán, mi antepasado, decía ciertamente:
—"El enemigo es siempre mucho más listo que
uno..."—
y acosaba a los tigres en los bosques de Arauco
por eso de que el tigre no come trigo y ronda
con su afilado instinto
los estremecimientos de la carne.

Lo tengo visto: hollando mi niñez en España;
en Sanghai, contra un muro de gritos fusilados;
en el dolor caído de una esquina de Praga,

en París subterránea, cuando ya adolescente
la muerte era un mordisco cotidiano
y Stalingrado ardía y Moscú era un calvario.
Después he recorrido los sitios de ceniza
donde el tigre comía, solo, de los tres platos.

Así entendí el colmillo. Aprendí así el zarpazo.
Deletreé entre la sangre mi escritura de harapos
y hallé el rastro del tigre en mi memoria América
cuando le comió a México la mitad de la entraña
y depredaba en Cuba, Honduras, Guatemala,
Santo Domingo, Chile, Panamá, Puerto Rico,
Venezuela, Colombia, El Salvador, Bolivia
y con el león Británico
disputaban el plato de trigo de mi patria.
Entonces yo crecía en condición de sombra
como sobrevivencia de tiniebla y de barro.

Pero todo crecía conmigo, como crece
la roja arboladura del siglo devorado.
Un día, silabeando los tres tigres del trigo
pensé en el cazador y me quedé pensando.
Puse el oído al viento y en el viento venía
una trepidación sinfónica de pasos:
lo que los pueblos llaman Revolución de Octubre.
el borrón de la historia para la cuenta nueva
que yo no advertiría en la primer paloma
si no mucho después: en la palabra lenta
de mi hermano de clase,
cuando nos reuniera la luna clandestina
y yo entrara a la huelga, al vino y al tabaco.

Fue en noches ateridas, fue en los ranchos famélicos,
en torpes petitorios donde el poema aullaba
que escuché al cazador como un jadeo lejos
y al tigre, acorralado, que allá lejos jadeaba.
Bebí mi breve sopa como quien bebe olvido
buscando trigo o tigres o cereal o pájaros
y entonces entendí que, al revés de los pobres,
jamás tres tigres pueden comer del mismo plato.

En años de mirar el trigo devorado
y al pobre ser derruído y al sorgo corrompido
y padecer de cerca, de adentro, el gran despojo
a que está sometido el orden natural
por el imperialismo
puedo escribir encima del tigre de papel
que sólo en el papel el tigre se somete
y que no sólo tiene los colmillos nucleares
sino las garras tintas de sangre de tu sangre
o mi sangre o la sangre que duele a la escritura
de los cables urgentes donde grita la vida.

Hay que romper el plato donde el tigre se ceba
y vuelve, ya nocturno, acometiendo al sueño.
Pateando, demoliendo sus sordas apetencias
con un látigo en llamas de ordenada violencia
donde una masa América le rompa los colmillos
y llene los tres platos del tigre con tres piedras.

Buenos Aires,1972

LA TAREA

Cómo será ese aire
con que vuelves
y ese perfil
que asombra
a las medallas,
que, de verte venir
por la ternura,
eché a la soledad
esta mañana.

Después abriste el día,
redimiste
mis hábitos de sombra
en los que estaba
no sólo mi canción
sino el olvido,
que era el huésped verdugo
de mi casa.

La tristeza,
reptando en los rincones,
te esperó agazapada.
Pero bastó tu voz

y ese aire tuyo
para desalojarla.

Estoy de acción directa
contra el moho,
contra la incertidumbre
y el desánimo.
Hay que tomar la luz
donde se encuentre
y cortar por lo claro.
La tarea, mi amor,
nuestra tarea
¡es amar a destajo!

Córdoba, 30/1/87

VIVIRSE TODO

Morir un poco, *denso*,
no es el tema
de no saber qué hacer,
salirse de la piel
y escupirle al papel
cualquier poema.

Morir un poco, *loco*,
no es morirse,
es muchas veces peor
porque es de a poco:
de cada día, *men*,
de cada instante,
de una gota tras otra
y otra gota.

Morir un poco, *flaco*,
es no morir,
aún muriendo
de a pedazos,
solo.
Morir un poco
es humillar la vida,

porque es vivir
un poco.

Hay morirse de vivir,
¡carajo !,
porque vivirse
es morirse todo.
Morirse de vivir,
vivirse de morir,
pero matar al lobo.

No es fácil. No.
No es fácil,
pero aquí
¡hay que vivirse todo!

Buenos Aires, 4/2/87.

TIEMPO AL TIEMPO

Ischigualasto, caen
los siglos a la arena.
Quedan ahí. Ya tienen
la soledad de piedra.

De noche, eres lo que eres:
El Valle de la Luna.
El museo del viento.
La estatua de la lluvia.

Piso en tus secadales
donde yace el planeta.
Ischigualasto, abajo,
la tierra es una estrella.

Soy el sonido, violo
tu silencio testigo
donde el tiempo durable
no ha sido corrompido.

Soy el hombre, esa chispa
de sangre en la ceniza
que calcinó a la muerte
cuando empezó la vida.

"La Cancionera", 17/11/85.

CANCION POR LA VENTANA

La mañana
se acodaba en la ventana
y nos miraba.
Un instante
que era siempre interminable.
Un instante,
que, a través de la ventana,
se azulaba.

Un bostezo
perezoso e indolente,
apegado aún al sueño,
nuestro sueño demoraba.
Aromados
todavía uno del otro,
despertábamos.
Aún perplejos
del rocío transparente
y de la cristalería
de los árboles.

Era hermoso
regresar contigo al día
oficiando nuestra magia
y asombrados
de que todo fuera nuevo
nuevamente
y que siempre sucediera
ese milagro.

El otoño,
hoja a hoja,
amontona su agonía
por el patio.
Ahora solo,
ya no espero que regrese
la mañana.
Soy oscuro para siempre.
Aunque afuera vuelva el día
—y siempre vuelve—
yo he tapiado con tu ausencia
la ventana.

"La Cancionera", 7 de agosto de 1981.

RANCHERA DE ADELITA

Si Adelita volviera y nos viera
tartamudeando un futuro de papel,
Adelita se iría con otro
a reclamar su fusil al cuartel.

Si Adelita quisiera ser América
y volviera, jugosa, a ser mujer
la quisiera, pariendo en mi rancho,
la lumbrera del amanecer.

Adelita nacía de mis ganas
y es mi vieja de trenza y de huipil,
soldadera de las chingaderas
que uno grita al nacer y al morir.

Si Adelita supiera que existe
en la tierra, en el cielo y en el mar
estaría a esta hora amasando
la tortilla de la libertad.

Y si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita ya fuera mi mujer,
no estaría parado el destino
en la pata de garza de ayer.

Y ni modo que México se quede,
da coraje pensar que pueda ser
conteniendo y teniendo a Adelita
a un balazo del pueblo otra vez.

Adelita no dejes que me chingue
tan a tiro de América y tu sol,
yo me rajo por tí sur a norte
en la milpa de mi corazón.

Todavía no he dicho que te quiero,
pos, qué olvido que ignora la razón,
Adelita, por Dios te lo pido,
no le cuentes ni a Dios nuestro amor.

"La Cancionera"
Junio 9 de 1983.

SALMO VIVO

a Monseñor Angelelli, martir.

Por los cuatro vientos
que dan a la vida,
Enrique Angelelli
vuelve predicando
al Señor del pobre,
al Jesús obrero,
al Dios compañero
de los explotados.

Enrique Angelelli,
asumido salmo,
profeta de América,
Monseñor del llano,
venga a nos el cáliz
de tu alta palabra,
vuelva a nos tu simple
ternura descalza.

Hermano profundo,
tu nombre se reza
en las redimidas
campanas del alba,
porque por tu credo

de los oprimidos,
el sermón del pueblo
no te llora: ¡canta!

La muerte, ese artero
salario del miedo,
te cercó en la yerta
Punta de los Llanos
y se fue vacía.
No pudo contigo.
La sombra no pudo
con tu llamarada.

La luz solidaria
que fue tu Obispado,
alumbra el camino
de los humillados.
¡Por los cuatro vientos
que dan a la vida,
tus pobres del mundo
avanzan cantando...!

Villa Carlos Paz, 27/7/86.
Tiene música de Alberto Sbezzi.

MANUAL DE LA PALABRA

Con las palabras
no se puede hacer otra cosa que palabras,
decía el Faraón,
mirando a los esclavos construir las pirámides;
en tanto sus Escribas repetían, es cierto
y anotaban lagartos, culebras, bueyes Apis
y dioses de perfil contra la piedra,
sin advertir que el crimen, ya no era una palabra.

Se demoraron siglos en saber que una de ellas,
cualquiera, la más simple,
contenía huracanes de vida en movimiento.
Entre apagar incendios y reprimir esclavos
acordaron con Roma, palabra por palabra,
defenderse muriendo.
Porque con las palabras se puede hacer de todo,
menos parar el viento.

El César fue matando palabra por palabra,
léxicos de pastores, medias voces, dialectos,
oficios de alfareros, tejedoras pacientes,
labradores aún verdes, pescadores, herreros.
Los arrancó de cuajo y, sin mediar palabra,
construyó con su sangre la Babel del Imperio.

Por entonces, hermano, la palabra era pobre,
imperceptible, muda, como el tacto de un ciego;
moneda miserable, andaba entre profetas
alucinada y sola, prudente, compañera,
decía pocas cosas y cuando las decía
la gente la escondía porque tenía miedo.

Pero la antigua noche, madre del perseguido,
partía las palabras como huevos de sueño
desde donde emergía el ¡ay! gremial del grito
de Pedro Pescador y Jesús Carpintero,
ilegales, convictos, extremistas primarios
que le arrimaban leña al incendio del pueblo.

Spartacus sabía que la vida era muerte.
Vivía de matar. Era su oficio.
Dicen que nunca hablaba. Salía de su celda
y toda su estrategia era sobrevivirse.

Hasta que un día un Celta, un Galo, un triste esclavo
le dijo: soy tu prójimo y arrojó el armamento
en medio del delirio del Patricio y el vulgo
y él, se quedó naciendo, con la palabra adentro.
Sucedió el estupor. La matronas chillaban.
Los áureos Senadores mesaban sus laureles.
El César bajó el dedo pulgar hacia la arena
y era en ese sentido que caía su Imperio.

La rebelión estuvo a las puertas de Roma.
Generales y monjes usaron las palabras.
Pedro ya había muerto. Jesús era leyenda.

Varinia y Spartacus fueron crucificados.
Sobre una piedra muda se construyó la Iglesia
y creció como un pino por encima del árbol,
como buscando el cielo donde por fin serían
los ricos y los pobres una misma palabra.

De entonces, la palabra es una mariposa.
Para verle lo hermoso no hay que crucificarla.
Rauda en su vuelo, viene del fondo de la historia
hasta que los tiranos entiendan las palabras.

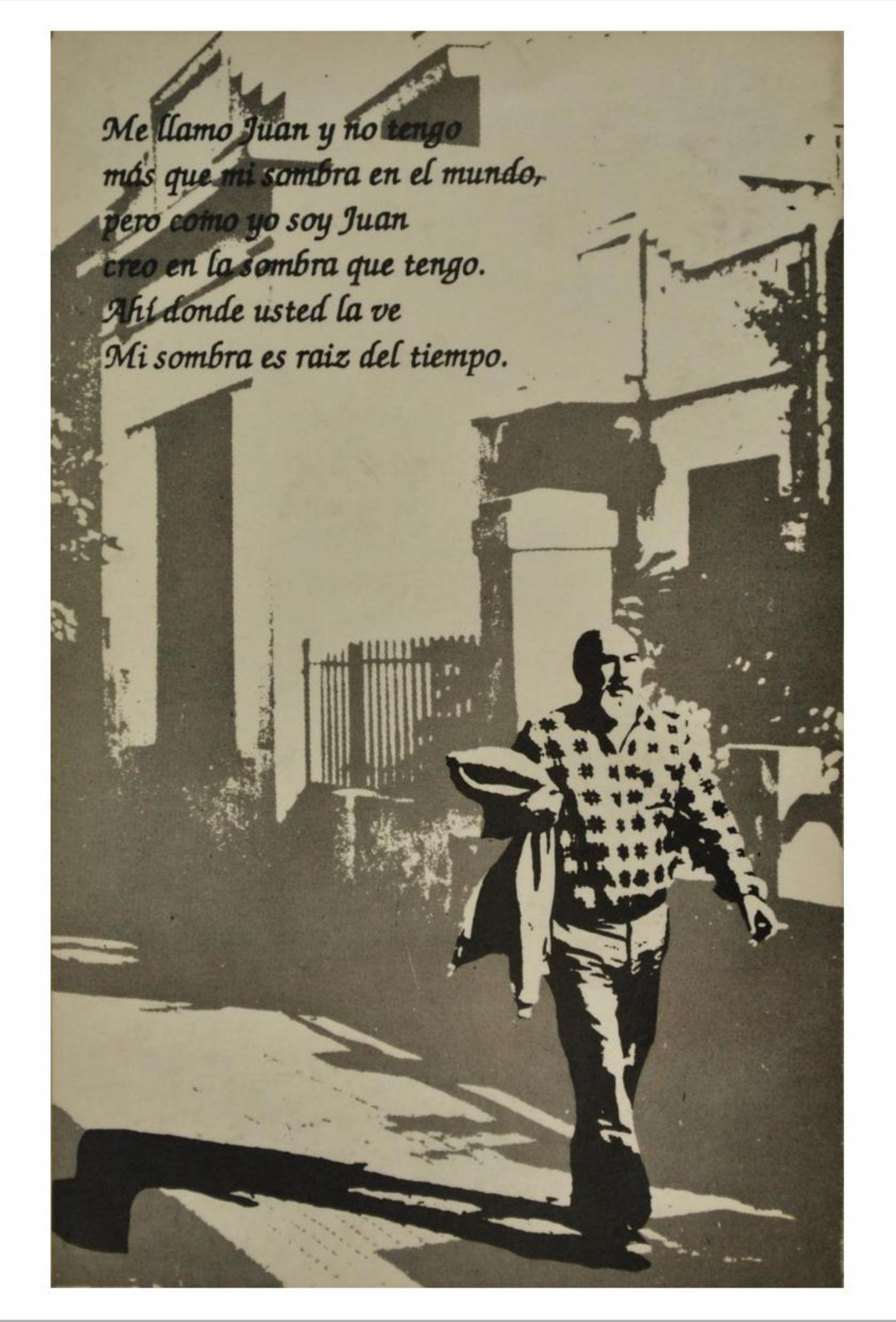
Así es: con las palabras
no se puede hacer otra cosa que palabras.
Pero tengan en cuenta
que a partir de una de ellas:
cualquiera, la más yerma,
la vida toma forma aunque sea un instante
como un helecho, como
una vértebra fósil o un número infinito
sumado y calcinado por las constelaciones
y cuya eternidad debe ser pronunciada.

Buenos Aires, 1977

INDICE

LOS NUEVOS POEMAS DE JUAN

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1988
en los Talleres Gráficos CARBET
La Rosa 1080 - Adrogué, Buenos Aires


Me llamo Juan y no tengo
más que mi sombra en el mundo,
pero como yo soy Juan
creo en la sombra que tengo.
Ahí donde usted la ve
Mi sombra es raiz del tiempo.